

Lecturas:
Isaías 6:1-8; Jn. 3:1-17

Hohenau,
Jesús,
Cap. Miranda.

“Nacer de nuevo”

(Jn. 3:1-17)

Sermón

1 Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos.

2 Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. En este diálogo inicial de Nicodemo con Jesús, podemos ver a dos maestros dialogando cara a cara, frente a frente. Por un lado está Nicodemo, hombre reconocido y respetado entre el pueblo, por ser un miembro de sanedrín judío, o sea, del consejo de los líderes de Israel. Es un fariseo, lo que quiere decir, en nuestros días, un fiel observador de los preceptos religiosos, de la ley judía y de todo lo relacionado con Dios. Es un hombre temeroso de Dios y está interesado en hablar con Jesús para entender su doctrina, sin intermediarios, y así poder preguntarle personalmente. Comienza alagando a Jesús, reconociendo en él a un maestro enviado por Dios, tanto por su doctrina como por sus señales milagrosas.

3 Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. 4 Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Aquí se puede ver que la lógica y el sentido de la razón de Nicodemo comienzan a chocar de frente con el pensamiento y las palabras que pronuncia Jesús. Nuestro Señor empieza hablando con Nicodemo de un tema que a este hombre se le hace imposible de entender: el nuevo nacimiento, nacer de nuevo. Jesús le plantea al maestro Nicodemo que debe nacer de nuevo. De manera irónica, casi cómica, Nicodemo le plantea: ¿Cómo es esto que tengo que nacer de nuevo? ¿Será posible que puedo entrar en el vientre de mi madre y volver a nacer? No entiendo esto que tú me dices.

5 Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Jesús le aclara la cuestión a Nicodemo en palabras simples. “No se trata de un nacimiento natural, lo que te planteo. Lo que te digo es que debes nacer de nuevo, pero esta vez, de agua y del Espíritu, es decir, nacer desde arriba, desde Dios. Porque si no naces de nuevo de agua y del Espíritu Santo, no podrás entrar en el reino de Dios, no podrás entrar en el cielo”.

6 Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. 7 No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. O sea, hay un nacimiento terrenal y hay un nacimiento celestial. “No debes nacer de nuevo de tu madre, Nicodemo, -le dice Jesús- sino de arriba, de Dios. Pero este nacer de nuevo de agua y del Espíritu Santo, tú no lo puedes lograr por tu propio esfuerzo, sino que es un don de Dios, es un milagro”. Así está escrito en la carta de san Pablo a Tito, capítulo tres: “*4 Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, 5 nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, 6 el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, 7 para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna*” (Tito 3:4-7). También escribe el apóstol en Efesios 5: “*Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, 26 para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la Palabra*” (Ef. 5:25b-26).

Por eso, a lo que se está refiriendo Jesucristo cuando habla de volver a nacer desde Dios, para entrar en el reino de Dios, es al sacramento del santo bautismo. El bautismo cristiano es “el lavamiento de la regeneración”, o sea, el nuevo nacimiento, desde arriba, desde Dios. Jesús dice a Nicodemo “el que no naciere de agua y del Espíritu”. San Pablo dice la misma cosa, al hablar del bautismo que es “el lavamiento del agua por la Palabra”. En ambos casos es lo mismo: están

presentes en este nuevo nacimiento dos elementos: el agua, que es el elemento terrenal, y el Espíritu Santo, o la Palabra, que es el elemento celestial en unión con el agua, el cual produce el nuevo nacimiento. “Porque sin la palabra de Dios el agua es simple agua y no bautismo; mas con la palabra de Dios es un bautismo, esto es, un agua de vida, llena de gracia, y un lavamiento de regeneración en el Espíritu Santo” (Lutero, *Catecismo Menor*).

Jesús continúa diciendo a Nicodemo: *8 El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu.* Por estas palabras, Jesús le explica a este maestro de Israel que no intente entender con su razón tal proceder de Dios del nuevo nacimiento. Es como el viento, lo oyes, pero no sabes de dónde viene o a dónde va. Así también es el Bautismo; va más allá de nuestra limitada comprensión humana. Nosotros vemos agua derramada sobre una persona, o personita si es un bebé. También podemos oír la voz del pastor que pronuncia la palabra de Dios: “fulano de tal, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.” Más allá de esto, corresponde a los misterios de Dios. Lo que Dios sí nos asegura en su palabra es que de esta manera, simple, milagrosa, sobrenatural, Él nos hace nacer de nuevo, de Dios mismo. De esta manera, el bautizado ha nacido de nuevo, ahora es un “nacido del Espíritu”. La palabra de Dios y el elemento (el agua) se unen y así constituyen un sacramento, es decir, un acto instituido por Dios mismo en el cual él aplica en nosotros los méritos de Cristo obtenidos en la cruz: el perdón de los pecados, la vida y la salvación eterna. Como él mismo nos promete: *“El que creyere y fuere bautizado, será salvo”* (Mc. 16:15). Por el Bautismo Cristo mismo viene a habitar en nosotros con su Espíritu Santo, y nos recibe en el reino del Padre celestial. Como está escrito: 14:17 “El Espíritu de verdad... estará en vosotros... 18 No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros... 20 y En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros” (Jn. 14:17, 18, 20). ¿Y todo esto para qué? ¿Para qué el nuevo nacimiento del bautismo? *“Para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna”* (Tito 3:7). Para ser hijos de Dios y herederos del cielo. “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gl. 3:26-27).

9 Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto? 10 Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto? 11 De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio. 12 Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales? Nicodemo sigue tratando de entender con su mente pequeña esto de volver a nacer. Pero no consigue entenderlo, porque se trata de cosas “celestiales”. En Nicodemo nos vemos reflejados todos nosotros como seres humanos, cuando confundimos “creer” con “comprender”. Pero creer, tener fe salvadora, es una cosa bien diferente. Porque la fe “es un don de Dios”. Así también el evangelio de Jesús es una locura, una insensatez para el hombre carnal, que no ha nacido de nuevo. “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14). El hombre dice: Si no veo, no creeré. ¿Se acuerdan del apóstol que dijo eso? Tomás. Pero *“Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, créiste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron”* (Jn. 20:29).

Así también, la cuestión no se trata tanto de entender con nuestra mentalidad humana el Bautismo, sino de creer a Dios que en su palabra nos dice que Él, en el bautismo, nos salva. Como acabamos de oír: *Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, 5 nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración.* En otra parte san Pedro también dice: *“Una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua. El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva... por la resurrección de Jesucristo”* (1 Pe. 3:20-21).

Así que ahora Nicodemo, comienza a darse cuenta que la salvación es por gracia, es obra de Dios, es regalo de Dios, y no es por el cumplimiento de ritos, tradiciones y preceptos del hombre. Hacer obras para salvarse no lleva a ninguna parte. Más bien sí, lleva a uno a confiar en

sí mismo, y lo que merecemos por eso es el infierno. Como dice el profeta Jeremías: *“Así ha dicho el Señor: Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo (y pone en ellos su apoyo), y su corazón se aparta del Señor.”* (Jer. 17:5).

Porque *“el justo por la fe vivirá”* (Ro. 1:17). *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”* (Ro. 2:8-9). *“Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados”* (Ef. 2:1), por medio de Jesucristo. Y como *“Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, 15 para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. 16 Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. 17 Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.”*

En este punto de la conversación, ya no se escucha más la voz de Nicodemo, ni sus preguntas. Ahora habla solamente el Hijo de Dios. Porque su palabra, y no la del hombre, es la palabra definitiva, ante la cual debe callar el hombre, oír y sólo creer. No nos salvamos por la palabra o por las promesas del hombre, que es tan infiel. Únicamente somos salvos por la Palabra de Dios, que es el único fiel, el único que cumple sus promesas. Frente a la revelación de la promesa del evangelio, de la buena noticia de la gracia de Dios, revelada en Cristo, no podemos hacer otra cosa que, arrepentidos, postrarnos y adorar en silencio y gratitud delante de Cristo crucificado, nuestro Salvador. Tan solo nos cabe contemplar y creer el misterio revelado de Dios a nosotros, de que Cristo dio su vida por nuestros pecados. Este es el misterio del evangelio, del cual soy mensajero y testigo, junto con todos ustedes: Dios fue capaz de amarnos. Y así nos amó: al extremo de entregar al dolor y la muerte a su Hijo único, por mis pecados; por mis preguntas tontas; por mis afanes de gloria pasajera; por toda mi arrogancia; por haberme creído maestro cuando debí considerarme aprendiz; por mi falta de humildad; por considerarme sabio cuando en realidad soy ignorante; por mi falta de fe, y habiéndome parecido tanto a Nicodemo y a Tomás. Por todo esto, es que Dios envió a su Hijo al mundo, no para condenarlo, sino para que el mundo sea salvo por la fe en Él. Así como un niño recién nacido, que confía en la voz de su madre, porque lo consuela y sostiene su vida. Amén.